

Curso: Re Conocerse
Los Estatutos: ruta y espejo

Sábado 08 marzo 2025
Lección n° 3B
Adriana Cosseddu

Estatutos: herencia y profecía

Vayamos a 2007 cuando se aprueban importantes cambios en los Estatutos, en los que Chiara trabajó personalmente ya en 2003. Se insertaron en la Obra las últimas fundaciones: la Universidad Sophia, las inundaciones, algunos cambios también en el Gobierno general...

Sin embargo, me gustaría empezar este rato juntos con una breve comunión: hace poco, tuve la oportunidad de escuchar en la radio, por casualidad mientras conducía, las palabras de un sacerdote que decía algo así: “Jesús no nos hace personas especiales, sino que hace especial nuestro modo de estar en el mundo”.

Me impactó, y pensé: quizá podríamos decir lo mismo –en cierto modo– de los Estatutos que Chiara nos dejó; no nos hacen personas especiales por pertenecer a la Obra, pero hacen especial nuestro modo de habitar el mundo.

Intentemos, pues, conocerlos juntos, al menos un poco, como si recorriéramos un camino guiados por una brújula que nos orienta: la brújula nos ofrece cuatro direcciones, indicadas por los puntos cardinales, que nos guían en la dirección a tomar.

Para nosotros se convierten en palabras clave que podríamos definir así:

1. Herencia;
2. Identidad;
3. Actualidad;
4. Profecía.

1. La primera: herencia

Todos sabemos que la herencia representa lo que una persona deja: normalmente sus posesiones, pero también un legado de ideas, valores o simplemente su ejemplo de vida: es el caso de los santos y de los fundadores de Órdenes religiosas o de Movimientos en la Iglesia aunque también lo constatamos en personalidades como Gandhi...

Cuando una madre está por dejar a sus hijos, ¿qué deseo tendrá en su corazón? Ante todo, ¡que los hijos vivan unidos! Todos recordamos las palabras de Chiara: «¡Sean una familia!» Pero también sabemos que hay un sitio donde Chiara nos explica cómo serlo: es la Premisa de los Estatutos de la Obra; una página nacida de la vida para la vida; ¡ahí Chiara puso su firma, y precede a cualquier otra norma!

La Premisa empieza con «la mutua y continua caridad que [...] atrae la presencia de Jesús en la

colectividad»; por tanto, no solo entre algunos, sino en cualquier latitud, hasta los últimos confines de la tierra.

Así los Estatutos se vuelven una “brújula” y custodian, norma tras norma, lo que Chiara repetidamente definió como su herencia: Jesús en medio. De él dijo:

Si ha habido un carisma que Dios ha puesto aquí dentro, ha sido precisamente el «dos o más están unidos en mi nombre», o sea, la idea de Jesús en medio, que además es una idea de Jesús, [...] tomada del Evangelio, [...] una presencia suya. (1/06/1969).

Pero tampoco faltan otras ocasiones en las que Chiara se expresa con otras palabras: «Deja a quien te sigue solo el Evangelio». ¿Acaso la estructura jurídica de los Estatutos ha disminuido la fuerza evangélica del carisma?

Volvamos a las palabras con las que Chiara respondía a la pregunta sobre la importancia de lo jurídico: «para mí –explicaba ella– lo jurídico no es más que el cáliz en el que trasvasé todo el Ideal [...], todo el Ideal que Dios me fue dando en estos años». Por eso, si la breve historia del Movimiento, la chispa inicial, seguirá siendo para nosotros «la valiosa llave para entrar en el Evangelio» (Chiara, 8 de diciembre de 1972), la Obra misma que surgió después – y que encuentra su sello en las normas de los Estatutos, está llamada a ser como otra María: toda Evangelio, nada más que Evangelio, y porque es Evangelio no morirá; esto lo encontramos hoy en su plenitud, como modelo, en el artículo 7 de los Estatutos.

Tratemos de abrir, pues, el librito de los Estatutos, edición de bolsillo, y leamos, en la Primera parte, ese Capítulo III que se refiere al Espíritu de la Obra. Lo precede [en el Cap. II] su fin general que es la caridad, referido en el Artículo 5). ¿Cómo realizarlo?

Chiara dio –en su Diario de 1967– una hermosa explicación:

Perfectos en la caridad, [...] hacia todos, significa ver la belleza que hay en todo y en todas las vocaciones de la Obra y de la Iglesia; captar lo positivo de todos los pueblos; concurrir decididamente con esta actitud a la fraternidad universal y a la paz.

Un objetivo que hay que alcanzar según la espiritualidad evangélica.

Y los «puntos de la espiritualidad», que siguen en el artículo 8, están salpicados de palabras tomadas del Evangelio. Aquí el tiempo no nos permite leerlas, tan solo cito –como ejemplo– el punto 3 del art. 8 sobre la «Voluntad de Dios», que coincide con nuestro compromiso «de vivir el Evangelio; y adquirir así –alimentándonos diariamente de la Palabra de Dios– su modo de pensar, de querer, de amar». Pero, ¿acaso no son estas las palabras que leemos en el *Paraíso del '49*, en aquellos «Precedentes» que, por la intensidad de la vida de la Palabra, prepararon a la experiencia mística que se vivió después?

Se concluye esta *Primera parte* de los Estatutos con Jesús Abandonado, que hace que el Ideal no nos encierre en una dimensión intimista, sino que abre nuestra *espiritualidad comunitaria* a una dimensión universal para abrazar en la humanidad a «todos» aquellos por los que Jesús dio su vida.

Esta primera, es la parte de los Estatutos que contiene el “núcleo esencial” irrenunciable, la identidad carismática de la Obra, aprobada en la forma más libre permitida en el Código de Derecho Canónico: una «*asociación privada, universal, de derecho pontificio*». En ella está: su Naturaleza, con los elementos *constitutivos esenciales*; su Finalidad, que recoge la *esencia del carisma*; su Espíritu, que custodia la *fisonomía carismática*.

2. Pasemos a la segunda palabra: identidad “encarnada”

Volvamos al 7 de diciembre de 1986: hablando a las focolarinas, Chiara explicaba que los Estatutos «son lo más importante que un fundador debe dejar [...]. Son sumamente importantes porque en los Estatutos está toda la vida de una Obra [...] cómo está hecha la Obra. Contienen todo, cómo está

gobernada la Obra, cómo está conducida».

Tan es así que Chiara dijo: (además de *Jesús en medio*) *lo segundo que salvará la Obra serán los Estatutos*.

En nuestra brújula encontramos así los rasgos de la identidad de la Obra en la Segunda parte de los Estatutos, dedicada a su “Estructura y composición”, con su variedad de vocaciones, ramas y Movimientos de amplio alcance; cuya pertenencia a la Obra comporta «derechos y deberes diversificados» (como dice el artículo 13). De hecho, por su apertura universal, forman parte del Movimiento (ya lo leemos en el artículo 1), también cristianos de otras Iglesias y Comunidades eclesiales; personas de otras religiones y de otras convicciones, sobre la base del respeto de sus diferencias, pero con el común horizonte de la unidad de la familia humana (como indica el artículo 6).

Cuando, después de la aprobación de los primeros Estatutos de la ‘Obra una’ en 1990, Chiara los presentaba al retiro de la Asamblea, explicó: «Los Estatutos representan en la Obra lo que para un arquitecto representa el proyecto de una casa, con una diferencia: mientras que un arquitecto debe hacer primero el proyecto y después la casa, aquí primero viene la casa, es decir, se construye una Obra, y después esta Obra se expresa en el Estatuto, o sea, su idea; algo así como el Padre expresa al Verbo, la idea de Sí mismo». Los Estatutos –proseguía Chiara – no son «como los que se hacen en este mundo, son algo totalmente diferente», son de una Obra de Dios, nacida en el seno de la Trinidad; y, en el reconocimiento del carisma por parte de la Iglesia católica, «también toda su organización» es expresión del carisma.

A este punto quisiera volver a la raíz, para compartir algo que me ha impactado profundamente: son las palabras de Chiara sobre Foco, considerado siempre, junto con don Foresi, un cofundador de la Obra. Dice Chiara:

El encuentro con Giordani maduró una nueva composición de la Obra; es una sensación profunda y conmovedora [...] al abrir los Estatutos de nuestra Obra, que la Iglesia ha aprobado ya por los siglos, veo en ellos algunas realidades que nunca habrían aparecido si Foco no hubiera estado presente. Porque él, como padre de familia, político, escritor, llevaba en sí una apertura a las realidades humanas, tanto que para Chiara siempre representó la humanidad y, con esta, “el Movimiento entero”.

Y Foco, haciéndose casi eco de Chiara, en una carta del 24 de septiembre de 1964 escribió:

Nosotros, laicos casados, llevamos esos tesoros a ambientes donde habitualmente no llegan ni los sacerdotes ni las monjas [...]. El compromiso es grande de una audacia precursora, revolucionaria. Si tiene éxito, dará a la Iglesia la fuerza decisiva para instaurar el diálogo con el mundo.

Así, si con don Foresi se realizaba la encarnación de la Obra, y con ella también su Gobierno – en el Centro y en las zonas – (a lo que están dedicadas en los Estatutos, las partes IV y V), con Foco se abrían de par en par las puertas a la humanidad.

Entonces nos preguntamos: en esta realidad tan variopinta, de jóvenes, consagrados, familias, niños, empresarios y religiosos, ¿profundizar la identidad como Obra tal vez la hace autorreferencial?

Si acogemos las palabras del papa Francisco que invitaba a los obispos en América a «no mirar hacia abajo a la propia autorreferencialidad, sino siempre hacia los horizontes de Dios», nos reconocemos también nosotros en el horizonte que los Estatutos nos entregan ya en lo expresado en el art. 3: dirigir nuestra mirada hacia el *Ut omnes*, y orientarnos a la «renovación de los individuos, de la Iglesia y de la sociedad».

3. Veamos la tercera palabra: actualidad, o tal vez también actualización.

Hoy, los numerosos conflictos, las múltiples polarizaciones, la incapacidad de escucha y diálogo como «armas» alternativas para gestionar las innumerables problemáticas parecerían alejar

cualquier horizonte de encuentro, en la imposibilidad de influir en los poderosos y oponerse a la violencia; pero el amor vive también en el silencio de María, que con su sí cambió el curso de la historia. Es un amor evangélico que llega a entrar en los aspectos concretos de la vida de la Obra y de las personas, hasta hacer nacer, como dice el art. 23 en apertura a la *Tercera parte* de los Estatutos, «obras y actividades específicas».

Los diferentes aspectos, nacidos del Espíritu Santo, reflejan, para Chiara, precisamente en virtud de su origen, la dinámica de «muerte y resurrección»: «¿Muerte de qué? De ese aspecto de la vida tal como se concebía antes». Así lo explica Chiara:

Para el rojo, que es el primero de los aspectos de la caridad que se hace vida: moría «el viejo modo de concebir la economía» –que ha conducido hoy al empobrecimiento de muchos y al enriquecimiento de pocos–, para dar vida al nuevo, basado en la Providencia de Dios y en la comunión de los bienes, sin olvidar el trabajo, constitutivo del hombre en su dignidad (basta leer los artículos 24 a 27).

Y el naranja tiene su novedad en la irradiación del Ideal hasta hacer nacer en los más variados ámbitos las “células de ambiente”, que pueden, por medio de la unidad en Cristo, dar «nueva fuerza a las personas» de modo que a su vez, puedan ayudar a otros (como se lee en el artículo 38).

Hoy, podríamos también pensarlas como “células de paz”, animadas por el amor para contrarrestar rencores y sanar heridas, en las escuelas, en las oficinas, en los hogares...

Y el amarillo, ¿qué novedad hay en la oración? No fórmulas que recitar en alguna ocasión, sino rezar “siempre” para ser *reflejo* de las palabras de Jesús acerca del deber de rezar siempre, pero según el camino típico que para nosotros es «el amor al prójimo» (como dice el **artículo 47**), hasta perder todo: incluso a Dios por Dios en el hermano, y en el hermano encontrar la unión con Dios.

¿Y el verde? En el centro, Jesús en medio, en Él la «salud espiritual»; pero es un aspecto que cambia decididamente nuestro modo de ver también la salud y la enfermedad: «si el grano de trigo no muere [...]». Y, *a contracorriente* con la cultura que hoy propone la eutanasia, mirar a los enfermos como «hostias vivas» (así lo expresa el artículo 57). Una mirada nueva que se extiende también al cuidado de la Creación, que hay que proteger a través de nuestro compromiso en la ecología, porque hemos recibido todo como un don, y cada vida pide amor.

Después el azul, para narrar la belleza de Dios Amor y presentarnos como sus dignos hijos... (leemos en el artículo 60).

Y podríamos seguir... pero sencillamente podríamos extraer de los Estatutos ese hilo de oro que en la “luz blanca” compone y distingue a los múltiples colores: es el Evangelio, que con sus Palabras rocía las normas sobre los aspectos de nuestra vida (encontramos muchas de ellas desde el artículo 24 al 72).

Así los Estatutos se convierten en su espejo, y no para mirarnos casi con autocomplacencia, sino para entonarnos también hoy con un estilo de vida nacido del Evangelio: llevando el vestido adecuado, según el tiempo y nuestra personalidad, dispuestos a ajustarlo y renovarlo para vivir la cotidianidad hombre entre los hombres, y «participando de los designios de Dios sobre la humanidad, trazar sobre la multitud estelas de luz», y al mismo tiempo compartiendo «con el prójimo la injuria, el hambre, los golpes, las breves alegrías».

Así hizo Jesús que no rehuía la historia de su tiempo; al contrario, fue protagonista de ella.

4. Llegamos a la cuarta palabra: profecía

Volvamos ahora por un momento a una pregunta que se le hizo a Chiara: «¿Puedes decirnos qué son para ti los Estatutos? «¡Son lo más valioso que tiene el Movimiento!»; y en aquella circunstancia Chiara prosiguió: «allí estaba la gracia de la profecía, el don de la profecía; ya entonces veíamos –

cuando no había cosas– el futuro». Y sería lo que Chiara entregaría después a los gen cuando se reunió con ellos en 2001: lo que se describe en el Estatuto es el “carnet de identidad” de la Obra (como un *hijo* que tiene aquellos ojos, aquellos cabellos) y les confía dos cosas: «la fidelidad al fundador o a la fundadora, y Jesús en medio; – y concluye – Él los iluminará».

¿Hacia dónde? Al fin, que es «entre los cristianos la unidad, pero entre todos la fraternidad universal».

Un fin inagotable, en vista del cual Chiara, dirigiéndose en 2001 a las Comunidades de Chequia y Eslovaquia, recomendó ir *mar adentro con los diálogos, las inundaciones*, las concreciones del Ideal. Por eso en la Obra: «mantener, desarrollar, profundizar», con la certeza de que la casa construida sobre la roca no se derrumba, «y para nosotros – decía– la roca es la unidad».

En este tiempo de conflictos, odio y violencia, el compromiso en la Obra es decididamente contracorriente: *actuar y realizar* «también con los demás, lo más perfectamente posible, el “mandamiento nuevo” de Jesús:

«Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros, como yo los he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos: dar la vida por los amigos» (así dice el artículo 8, punto 5).

Es el camino a la unidad, que se hace diálogo, para llevar a la Iglesia y al mundo lo que falta.

La unidad abre nuevos horizontes también en la Iglesia de hoy, en su camino sinodal, para ofrecer el don de nuestra experiencia y generar, si se puede decir así, una Iglesia “mariana”, en la que, como María, plenamente “laica”, podemos generar a Jesús para el mundo (lo vemos en el artículo 2).

Y si el mundo es un libro que leer, la historia es un libro que escribir.

Probemos, yendo hacia la conclusión, a recorrer juntos, con la mirada hacia la humanidad y la Iglesia, el art. 6 de los Estatutos sobre el fin específico y proyectar en el futuro los numerosos caminos para realizarlo.

Precisamente en Navidad, el papa Francisco nos invitó, en la tribulación de nuestro tiempo, a buscar y vivir el amor en el “don estupendo” del amor recíproco que abre las puertas a la fraternidad. Y ¿acaso no es esta nuestra especificidad?

Chiara en 1997, en su discurso en la ONU, decía: Ante las guerras y las muchas justificaciones que siempre se encontrarán para generarlas, hace falta “un suplemento”, arraigado en el «valor del amor», ya que –cito– «el futuro del mundo, [...] su capacidad de progresar, de encontrar soluciones a sus conflictos, y a sus crisis, depende únicamente de la toma de conciencia de los individuos y del compromiso de las personas».

Por otra parte, en el *Preámbulo* a la Constitución de la UNESCO, que entró en vigor en 1946, se lee: «Puesto que las guerras se originan en el espíritu de los hombres, es en el espíritu de los hombres donde deben alzarse los baluartes de la paz».

Es una actualidad de vida que siempre se renueva, por la capacidad de generar en vez de enfrentamientos, y por la fuerza de los procesos de reconciliación, no solo buenas praxis, sino una cultura del encuentro.

Así en las relaciones donde el respeto del otro sabe hacerse escucha y diálogo, se abren caminos para edificar una “cultura de la paz”, cemento para la unidad de los pueblos (y al respecto es bonito leer la *IX parte* de los Estatutos).

“Respeto” es la palabra elegida para este año 2025 por la Enciclopedia Treccani en Italia.

Es siempre hermoso volver a escuchar lo que el Papa Francisco indica hoy a toda la Iglesia, precisamente para hacer visible y fecundo el ecumenismo, con palabras que casi hacen eco de la vida de comunión en la Obra (a ello está dedicada la *VII parte* de los Estatutos). El Papa exhorta a: caminar juntos, rezar juntos. El escándalo hay que superarlo haciendo las cosas juntos con gestos de unidad y de fraternidad. El diálogo ecuménico no es una disputa, es “un intercambio de dones” y los cristianos podemos anunciar a todos la fuerza del Evangelio, porque lo que nos une es mucho más

grande que lo que nos separa. La unidad no llegará como un milagro al final, viene al caminar, la realiza el Espíritu Santo en el camino, caminar juntos ya es crear unidad.

O bien, pensemos en cuántas realidades fueron generadas por el carisma, y hoy día son también realidades de la Iglesia: la misma relación y el diálogo con las otras religiones (que encontramos en la *VIII parte* de los Estatutos), de lo que recientemente en el ámbito eclesial se dijo: es “un camino revolucionario”.

Pero una última palabra puede ser la que se lanzó con motivo del encuentro de los Jóvenes en Vancouver, en 2017, “The future you” (El futuro lo haces tú); así dijo el papa Francisco:

El futuro de la humanidad no está solamente en manos de los políticos, de los grandes líderes, de las grandes empresas El futuro está, sobre todo, en manos de las personas que reconocen al otro como un “tú” y a ellos mismos como parte de un “nosotros”. Basta un hombre solo, para que haya esperanza, y ese hombre puedes ser tú. Después hay otro “tú” y otro “tú”, y entonces nos convertimos en “nosotros”. Y cuando existe el “nosotros”, ¿comienza la esperanza? No. Esa empezó con el “tú”. Cuando existe el nosotros, comienza una revolución.

Será Jesús, presente en nuestro camino por el mundo, quien la actúe, y con ella se podrá realizar la vocación de la Obra, explicada en la *Fábula florecida a lo largo del sendero Foco*: “*hacer de la tierra un firmamento*”.